

**Mínguez, Víctor, *Los reyes solares, Iconografía astral de la monarquía hispana*, Col.lecció Humanitats, Universitat Jaume I, 2001.**

El estudio de la creación de un orden simbólico es uno de los objetivos de Víctor Mínguez, interesado en desentrañar las fórmulas de la iconografía política a partir de la difusión del simbolismo solar en la modernidad. El sol sirvió, para el autor, como símbolo de poder, y por ello el astro diurno que aparece en sociedades de lo más diversas, ha sido en algunos momentos históricos “aún más brillante que el Sol real” (p. 25). En el caso que estudia Mínguez, el sol ha sido la imagen utilizada por la realeza para presentarse a los súbditos y conseguir, de esa manera, hegemonizar simbólicamente un poder disputado en otros terrenos.

El libro, quizás el más acabado de los que Mínguez ha escrito en relación a la justificación ideológica y simbólica del poder (recordemos *Los Reyes distantes, Imágenes del poder en el México virreinal*, editada en Castellón por la Universitat Jaume I-Diputación de Castellón), comienza por considerar la universalidad del Sol como imagen de poder, utilizada por cierto vastamente por múltiples culturas a lo largo de la historia. Se adentra luego en un terreno más específico, el de la cultura clásica, que le permite articular el resto de la obra por la influencia que dicha cultura tuvo en el mundo occidental. La iconografía del Renacimiento y el pensamiento de la modernidad, base de la expansión simbólica del poder monárquico, se sirvieron con gusto del Sol, y como bien sostiene Mínguez, el propio Luis XIV se presentó a sus fieles como el “Rey Sol”. España, como era de esperar, no fue ajena a este proceso constructivo, que hizo de América (lejano continente nunca pisado por el monarca), un espacio donde de alguna manera el Rey debía hacer llegar sus rayos. La utilización propagandística de la simbología solar en los espectáculos festivos encuentra aquí razón de ser en lo que el autor define como “parafernalias efímeras”, y que no son otra cosa que escenarios propios de una maquinaria de poder que necesitaba ser representada de manera suntuosa.

A lo largo de la obra, Mínguez demuestra que el primer monarca de la cultura occidental cristiana emparentado iconográficamente con el Sol fue Constantino, representado como Apolo, esta imagen heliocéntrica desaparece durante la Edad Media para recuperar fuerza a lo largo del Renacimiento junto a las nuevas concepciones científicas. Así, Copérnico, Kepler y Galileo desplazan a Ptolomeo, mientras el planeta Tierra deja de ser centro del cosmos para dar lugar a la luz brillante del Sol. El Sol francés no deja desde entonces de proyectarse en las cortes de España, y son los Borbones los que impulsan una transformación cultural aprovechada por la monarquía peninsular. Señala que, a pesar de las analogías iconográficas con la experiencia francesa, el Sol español siempre mantuvo un astro superior, el Sol divino: “los reyes hispanos, pese a que en ocasiones se enfrentaron a la Iglesia, siempre reconocieron su subordinación a Dios, el dios cristiano..” (p. 297).

El significado del astro solar en la Edad Moderna adquiere pleno significado en esta obra que muestra la complejidad analítica al combinar estrategias propias de la antropología, el arte y la historia. Con estos principios, Mínguez echa mano de una serie de fuentes documentales sùmamente ricas, algunas de las cuales están incluidas en su libro: reproducciones de medallas, emblemas y estampas están allí para ejemplificar su amplia difusión. Esta multiplicación ilimitada de imágenes, como es obvio, incidió en América.

La lejanía, ya señalada por Mínguez en *Los Reyes distantes*, es uno de los datos a señalar en la presente obra. Así, es significativo encontrarnos con afirmaciones, aparentemente contradictorias, como las siguientes: “América es precisamente el territorio de la corona donde la simbología solar adquiere mayor significado y mayor coherencia” (p. 25); y “nunca, a lo largo de toda la dominación española, un rey Austria o Borbón cruzó el océano para visitar los virreinos americanos. Dicho de otra forma: a diferencia de los súbditos europeos, los súbditos americanos jamás tuvieron oportunidad de contemplar directamente a sus monarcas” (p. 211). La capacidad de la imagen de reemplazar la ausencia del monarca fue haciendo agua al compás del proceso de independencias, y en este sentido, más que las conclusiones de Mínguez sobre el orden colonial, son sus propuestas las que nos sirven para entender la ruptura que supuso el siglo XIX.

**Gabriela Dalla Corte.**

**Musset, Alain et M. Soria, Victor (dir.) *Alena-Mercosur, Enjeux et limites de l'intégration américaine*, IHEAL Editions (Institut des hautes études de l'Amérique Latine de la Université de la Sorbonne Nouvelle, París III), París, 2001.**

Jugando con la idea de puzzle de Estados y mosaico de tratados, esta obra dirigida por Alain Musset y Víctor M. Soria intenta historizar y al mismo tiempo diagnosticar el fenómeno de la integración en América Latina. Intentos de integrar los diversos países que la conforman pueden ser detectados desde el primer momento de las guerras de independencia. De hecho, los proyectos de integración en América Latina no son nuevos, aunque sí plantean problemáticas mucho más complejas. El paso del desarrollismo de los años 1950, gestado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), hacia los principios desarrollistas de la década posterior, supuso nuevas estrategias, la más importante de las cuales fue la superación de la frontera. En los años 1960 fueron fundadas la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y la Asociación del Mercado